

Ambos jóvenes se dieron un apretón de manos debajo de la mesa, en los momentos en que el coronel dió la voz de volver á la sala.

Cuando sonaron las diez, hora de disolverse la tertulia, el coronel casi se mostraba convencido de que la justicia estaba de parte de la República en vista de las infamias repetidas de los comisarios franceses y de los malos mexicanos, á la vez que Ernesto más resuelto aún, se despedía de la familia acentuando el apretón de manos que daba á Aurora, fijo en la idea de que era necesario poner sus aptitudes físicas y morales al servicio de la patria.

Aurora humedeció la almohada con sus lágrimas pensando en la funesta determinación de su novio y en que tal vez no saldría ileso de los peligros á que iba á exponerse.



## CAPITULO VI

### EL CINCO DE MAYO

EN la conversación que se tuvo en la casa del coronel Cisneros, de que se dió cuenta en el capítulo anterior, no se dijo todo lo que respecto á perfidias habían hecho los comisarios franceses encargados de dar cumplimiento á las órdenes de Napoleón.

En el momento en que Prim iba á retirarse de Orizaba con las tropas españolas cumpliendo lo pactado, Laurencez había mandado encerrar en el convento de San José de Gracia 600 soldados con pretexto de enfermedad para que apoyaran un pronunciamiento que habían de verificar los traidores. Entonces el general Zaragoza se dirigió á Laurencez diciéndole que permitía por un deber de humanidad que los enfermos franceses se quedaran en Orizaba y que estarían seguros bajo la salvaguardia y lealtad del ejército mexicano, pero que debía salir de allí la escolta que los custodiaba. Laurencez fingiendo no

haber comprendido bien una nota tan clara, se apresuró á expedir una proclama que circuló por todo el mundo civilizado, diciendo: «Soldados franceses: A pesar de los asesinatos cometidos en nuestros camaradas y el estímulo que da el gobierno mexicano para esos atentados por medio de sus proclamas, querría yo permanecer fiel hasta el último momento, al cumplimiento de las obligaciones contraídas por los plenipotenciarios de las tres potencias aliadas; pero acabo de recibir una carta del general mexicano Zaragoza, según la cual *está indignamente amenazada* la seguridad de nuestros enfermos que habíamos dejado en Orizaba bajo la salvaguardia de las convenciones. Ya no hay que dudar más en presencia de semejantes hechos; marchemos sobre Orizaba en auxilio de 400 de nuestros camaradas amenazados de un cobarde atentado; marchemos en su auxilio, gritando: ¡Viva el Emperador!»

¡Con razón el *Emperador* y todos sus acólitos fueron por el cielo tan terriblemente castigados! Era imposible que quedaran impunes tantas infamias, tantos miserables embustes!

La proclama de Laurencez nos pintaba como verdaderos salvajes ante el mundo civilizado y la opinión en masa nos condenaba y pedía que se nos hiciera entrar por la fuerza á las vías de la razón, del derecho y de la cultura. Así fué como á fuerza de falsedades y calumnias, los franceses pérfidamente ayudados por los malos mexicanos, lograron formar en Europa una atmósfera pestilente en contra de nuestra patria en general y en contra de los políticos liberales en particular. Los que no eran señalados

como bandoleros, lo eran como crueles, sanguinarios y como faltos de palabra y de honor.

Esto es, los más manchados y los más indignos eran los que procuraban arrojar lodo á nuestros patriotas.

Dejemos todo eso que ahora ya lo tiene bien definido y bien calificado la historia y lleguemos á los grandes sucesos que se desarrollaban en principios de Mayo de 1862.

El día 4 llegó Laurencez al pueblo de Amozoc con 6500 franceses y 800 mexicanos de tropas organizadas por los traidores Haro y Almonte. En la noche llamó á su alojamiento á estos generales. Encontraron al jefe francés acompañado del coronel Valazé y otros oficiales superiores que examinaban un plano extendido sobre la mesa y el cual estaba ya marcado con varias líneas rojas y azules.

—Mañana atacamos á Puebla, señores, les dijo Laurencez, sin más preámbulos, y los he mandado llamar á ustedes para que me ilustren con sus consejos y para que me digan con qué elementos pueden ayudarme adentro y fuera de la plaza.

Como los dos traidores se vieran uno á otro sorprendidos, queriendo significar que no entendían aquel exabrupto, el general Laurencez se apresuró á decir:

—Comenzaremos por el plan de ataque. Este es el plano de la plaza y las fortificaciones, ¿cuáles son los puntos más débiles y cuáles son los más fuertes?

—Los puntos más fuertes, contestó Haro, son los cerros de Loreto y Guadalupe que forman parte de la línea fortificada.

—Indudablemente, afirmó Almonte. Están bien artillados y deben contar con 2000 defensores detrás de los parapetos.

—Ustedes, entonces, si vinieran mandando el ejército, ¿por qué lado atacarían con mayores probabilidades de un éxito completo?

—Por aquí, dijo Haro, señalando con el lápiz una cortina marcada con tinta azul.

—Eso mismo iba á proponer yo, dijo Almonte, el punto más accesible para ocupar la plaza es esa tapia que pertenece al convento del Carmen.

—¿Y no habría temor de que nos cañonearan después desde los cerros?

—No, porque están lejos, y una vez penetrando nosotros á la plaza entraría la más completa desmoralización en el ejército mexicano.... quiero decir, en las chusmas que manda Zaragoza.

—Veremos lo que opina el Sr. Valazé que como jefe del Estado Mayor, es quien debe resolver en el asunto.

El coronel Valazé dijo haciendo un gesto desdenoso:

—No digo que estariamos perdidos si siguiéramos el parecer de estos señores, porque nuestros zuavos y nuestros marinos triunfarán en donde quiera que se les diga que triunfen; pero sería lo más desacertado.

—Nosotros conocemos mucho la ciudad y sus elementos, exclamó Haro entre risueño y colérico.

—¡Psé! Conocer el terreno no es todo lo que se necesita: Y voy á darles desde luego una razón convincente que debía callarme, porque este negocio es de mi responsabilidad: estoy seguro que el general

Zaragoza esperará como ustedes que le ataquemos por la tapia del Carmen, y es en consecuencia, el punto que debe tener más sólidamente guarnecido.

—Es claro, agregó Laurencez con un elevado tono de suficiencia, y en los cerros deben estar las tropas colectadas últimamente, solo para servir de sostén á la plaza.

—Pudiera ser así, dijo Almonte comenzando á ceder, aunque siempre tendrían que vencerse más dificultades en los fuertes elevados, que en la plaza que tiene otros puntos tan débiles como las tapias del Carmen.

A la vez señaló otros en el plano que le parecieron serían los que opondrían menos resistencia.

—Si ustedes tuvieran á sus órdenes el ejército que nos vienen ofreciendo desde que salimos de Veracruz, aquí tendrían oportunidad de atacar esos puntos débiles. Yo se los encomendaría. Esto lo dijo el jefe francés con tono sardónico.

—Pronto llegarán Márquez y Cobos con 4000 hombres, dijo Almonte pavoneándose.

Laurencez lanzó una carcajada y exclamó:

—Entonces ustedes no saben que hoy fué derrotado Márquez por los republicanos que manda O'Horan!

—¡Márquez derrotado! ¿pero en dónde?

—En Atlixco: hace unas cuantas horas.

Almonte y Haro se vieron con desconsuelo.

—¡Bah! dijo Laurencez, no hay que apurarse: utilizaremos la poca gente que hay en Matamoros de Izúcar, aunque en esta campaña no creo que me pueda servir de gran cosa. Para dar buena cuenta de

Zaragoza me sobra con el efectivo de 6000 y tantos franceses que me acompañan.

—¿Y no sería mejor marchar directamente sobre México? se atrevió á insinuar Almonte.

—Dejando á un enemigo á retaguardia! exclamó Valazé, eso es contrario al arte de la guerra.

—Hay veces en que un golpe de audacia desconcierta al enemigo. Zaragoza no tiene elementos suficientes para presentarnos batalla en campo raso, dijo Haro.

—Pero los tiene para seguirnos y ponernos entre dos fuegos.

—En la capital no hay ni mil hombres de combate.

—Quinientos que sean nos pueden detener detrás de parapetos mientras Zaragoza nos cañonea por la espalda. Mejor es que no sigamos discutiendo semejante absurdo.

Almonte y Haro salieron del alojamiento de Laurencez bastante corridos, y el primero para conformar al segundo, le dijo muy quedo:

—Estos no son mas que instrumentos de Napoleón III que es quien debe sacarnos del atolladero. Si los hacen pedazos mañana, mejor para nosotros: vendrán 50,000 franceses después para vengar la derrota. Ignoran estos pobres diablos que nos desprecian ahora, que están trabajando para nosotros.

El día 5 á las primeras horas de la mañana, se movió de Amozoc el ejército francés sobre Puebla, sin que nadie mas que Laurencez y el jefe de su Estado Mayor supieran el plan de ataque que habían resuelto llevar á la práctica, aunque sí aseguraban á los soldados que lo componían que á las doce estarían

almorzando en la plaza después de haberse desembarazado de sus contrarios.

¡Las coronas que habían de ceñir sus frentes, según se había asegurado, estaban ya tejidas por las bellas poblanas!

Entre tanto, en el campo mexicano reinaba una calma aparente: se tenía fé en el general Zaragoza; pero no se tenía mucha ni en el híbrido conjunto de las tropas ni en sus elementos de guerra, que se veían inferiores al gran aparato con que avanzaban los franceses.

A las cuatro de la mañana salieron los batallones de línea de sus cuarteles de Puebla y empezaron á desfilar para los cerros de Loreto y Guadalupe que á gran prisa habían estado en los últimos días fortificándose. El general Zaragoza después de dejar sus instrucciones al general Tapia, jefe de la guarnición que quedaba en la plaza, salió de esta al frente de su Estado Mayor encaminándose á visitar la línea que se había formado con las tropas que mencionaremos luego en los cerros de Loreto y Guadalupe conforme al plan de campaña que se había propuesto, el cual consistía sencillamente en atacar á los franceses por sus flancos y retaguardia si dirigían sus operaciones sobre la ciudad.

Apenas aparecieron los primeros resplandores del día en el Oriente, cuando ya Zaragoza con su pequeño séquito trasponía las murallas de la ciudad. Una media hora después era saludado por los batallones y escuadrones que estaban formados y descansando sobre las armas fuera de los fuertes. Al presentarse Zaragoza los de caballería montaban en sus coreeles

y los de infantería echaban armas al hombro, sin que se tratara de impedir que gritaran todos: ¡viva el general Zaragoza! ¡viva la República! El general á su vez arengaba á cada uno de aquellos cuerpos con la elocuencia natural que le daban el patriotismo y la fé que tenía en que iba á salvarse cuando menos la honra nacional en aquella jornada. Todos los jefes habían estado preocupados: pero desde el momento en que oyeron hablar á Zaragoza lleno de confianza y en que vieron su semblante iluminado por la inspiración del vencimiento, toda vacilación fué convertida en entusiasmo.—¿Por qué no hemos de triunfar en esta vez, se decían unos á otros, de los que se llaman los primeros soldados del mundo? ¿No estamos en buenas posiciones y dirigidos por un general hábil y valiente?

Después de pasada esta rápida revista y ya cuando la luz del día era más diáfana, el general en jefe que había sido acompañado por los jefes de divisiones y brigadas, se detuvo á corta distancia de la línea y dió á cada cual algunas instrucciones generales. Todos deberían estar listos para moverse á los puntos que se les designaran, ya fuera que se tratara de atacar al enemigo en columnas ó para defender la posición en el caso remotísimo de que lo intentara el ejército francés. Siempre Zaragoza estaba en la creencia de que los franceses se dirigirían sobre la plaza y que las principales maniobras se desarrollarían en las llanuras inmediatas.

Cuando los exploradores vinieron á decirle que el enemigo se encontraba á una legua de distancia, dijo con voz firme:

—Señores, á sus sitios, dispuestos á ejecutar los movimientos que ordene el cuartel general con toda precisión. Espero que en esta jornada todos sepamos cumplir con nuestro deber.

Ernesto Dominguez, el joven estudiante que hemos conocido en la casa del coronel Cisneros en México, había salido de la capital como dijo á Aurora y se había presentado directamente á Zaragoza sin cartas de recomendación. Este le había dado un sitio de subteniente en su Estado Mayor.

—Ahora gano las insignias de teniente, había dicho á sus compañeros y..... quien sabe si aun las de capitán.

Y acariciando estas y otras locas ideas en su imaginación, había montado en su caballo con soltura y, siguiendo de cerca á su jefe, había presenciado, no sin sentir fuertes palpitaciones en el corazón, todos aquellos preparativos para el combate.

En el día anterior había hecho amistad con otro oficial del Estado Mayor llamado Ramón Diaz, al cual preguntó luego que observó que se habían estacionado sobre una pequeña eminencia desde donde se dominaban todas las posiciones, menos los fuertes:

—Y ahora, ¿qué vamos á hacer aquí nosotros?

—Vamos á presenciar los primeros movimientos tanto del enemigo como los de los nuestros, según están ya ordenados y cuando comience la batalla el general nos irá designando para ir á comunicar las órdenes que sean necesarias.

—¿De manera que nosotros no entramos en acción?

—Es probable que no, sin que por esto dejemos de encontrarnos en los mayores peligros.

—¿Por qué?

—Porque tendremos que ir al galope á donde nos manden, muchas veces en medio de los dos fuegos de los combatientes.

—Yo quisiera mejor que cargáramos.

—Los ayudantes solo transmiten órdenes, amigo mio.

—Está bien.

Y como Ernesto con su mirada límpida y curiosa había visto algo por allá léjos que le pareció extraño, reanudó luego la conversación diciendo:

—Me parece que se levanta una nube de polvo, allá un poco léjos y aun me ha parecido ver brillar algunas armas con los primeros rayos del sol, ¿qué será?

—Es el enemigo, contestó Ramón con tranquilidad.

—¿Los franceses?

—O tal vez los traidores, pero es el enemigo.

—¿En qué se conoce?

—En que un poco más acá se ve otra nube de polvo más pequeña y aun se ven algunos fogonazos: esa es una guerrilla que viene en observación tiroteando al enemigo.

Ernesto sintió que quería salirse el corazón del pecho.

En efecto, la columna francesa venía avanzando lentamente como dudando aún respecto de si se movería de flanco sobre Puebla ó si seguiría avanzando lentamente hácia los cerros de Loreto y Guadalupe.

A Ernesto le pareció que habría una legua de distancia desde el punto donde se encontraba Zaragoza observando con su anteojo y el lugar donde parecía haber hecho alto la masa negra y compacta que apenas se veía con los ojos de un modo indeciso.

De repente aquella masa se movió y siguió avanzando. El general Zaragoza se sonrió con cierta alegría diciendo á los que estaban más próximos:

—El ataque va á dirigirse de lleno sobre estas posiciones.

La columna sin embargo volvió á hacer alto como á una media legua cerca de unas casuchas que se destacaban en la llanura.

—Se han detenido, dijo Ernesto como con un suspiro.

—Los franceses se tratan bien, le contestó Ramón, antes de emprender la fatiga van á desayunarse.

En efecto, momentos después se vieron salir pequeñas humaredas de todos los grupos, mientras que varios ginetes seguidos de algunos pelotones se desprendían del campamento.

Eran por una parte el jefe del Estado Mayor de Laurencez que iba á practicar un reconocimiento de las posiciones, y los ingenieros con sus hombres cargados de herramienta para allanar el paso de los cañones y afirmar el terreno en que habían de colocarse las baterías.

El general Zaragoza bajó el anteojo prontamente y llamando á dos ayudantes más próximos les comunicó órdenes en voz baja, y estos corrieron al galope el uno por la derecha y el otro por la izquierda, perdiéndose á poco entre las hondonadas del cerro.

1020002787